

Prólogo Minuto 428

No recuerdo el momento exacto en que supe que estaba enamorado. No hubo una revelación estruendosa, ni un decoró en la tierra, ni siquiera una frase que marcara el instante como si fuera historia. Fue algo más sutil, más letal: una calma que llegó sin aviso, como si todo lo que no era ella comenzara a volverse ruido.

La conocí una noche cualquiera, en una ciudad cualquiera, mientras yo intentaba seguir respirando. Eso hacía por entonces: respirar, caminar, sacar fotos, fingir que todavía estaba vivo. No buscaba nada, y por eso la encontré. O, mejor dicho, me encontró ella, aunque nunca lo supiera. Porque hubo algo en su manera de mirar el mundo que me desarmó: una especie de tristeza elegante, de cansancio hermoso, como si llevara siglos resistiendo con una sonrisa tenue y la espalda erguida.

Me habló como si no esperara que nadie la escuchara. Yo la escuché. No porque fuera especial, sino porque estaba roto. Y a veces, entre rotos, uno se reconoce.

No sé cómo resumir lo que vino después. Lo llaman historia de amor, pero eso no alcanza. No lo fue. Fue otra cosa: un adiós lento, una fuga, un pacto sin garantías, una guerra contra el tiempo. Estuvimos juntos siete días. Siete. Ni uno más. Y sin embargo, todavía la estoy viviendo. Y mientras escribo esto o lo que queda de mí escribe, comprendo que hay vidas enteras que no tocan ni un rincón del alma que ella rozó con apenas una mirada.

No me interesa el orden cronológico, ni los datos duros, ni las precisiones narrativas. Este no es un relato. Es un testamento. Lo que estás por leer es la herencia de un hombre que ya no va a hablar más. Un hombre que decidió escribir no para que lo recuerden, sino para que alguien quizás ella, quizás nadie entienda que hubo verdad.

Porque hubo verdad.

En cada ciudad. En cada noche. En cada silencio compartido mientras el mundo seguía girando. En cada momento donde me bajaba las manos por querer tocarla sin que el

tiempo nos robara el gesto. En cada canción que ella no cantó, pero se le notaba en los ojos. En cada fotografía que tomé sabiendo que la estaba perdiendo incluso mientras la tenía frente a mí.

Ella no fue mía. No lo fue nunca. Fue del mundo. Del contrato que firmó. De las cámaras que la reclamaban. De las revistas, de los titulares, de los productores que le escribían escenas para que finja lo que conmigo fue real. Pero hubo siete días en que no fue de nadie. Y durante esos siete días, yo la amé con la intensidad de un hombre que ya no espera el después.

Ella nunca prometió quedarse. No mentía: advertía. "No me sigas," me dijo. "Esto es todo lo que puedo darte." Y yo, idiota feliz, pensé que bastaría.

Lo que vas a leer es eso: mi intento torpe de retener lo efímero. Cada capítulo, cada línea, cada palabra, son parte de una memoria desvanecida. No quise escribir una gran novela. Quise escribir lo que me salvó y me destruyó. Quise dejar algo antes de irme, porque sabés qué: ya no quiero quedarme.

No voy a dejar una carta. Voy a dejar este cuaderno. Este libro. Esto que fue nuestra vida entera condensada en una semana.

Lo dejo por si algún día alguien se pregunta si es posible amar de verdad. Lo dejo para que ella, si alguna vez lo lee, entienda que no la culpo. Y que todo valió la pena.

No quiero ser recordado. Solo quiero que alguien, alguna vez, se detenga a leer esto y diga en voz baja: fue real.

Y entonces, tal vez, mi amor no haya muerto conmigo.

Y si alguien pregunta cuándo empezó a romperse todo, diré que fue el día en que escuché el silencio de su teléfono. No el rechazo, no la ausencia física: el silencio. Ese silencio que no es olvido, sino protección. Ese que las personas usan cuando saben que cualquier palabra sería un crimen.

Nunca supe si me amó. Nunca se lo pregunté. Quise conservar la duda intacta como una flor prohibida. Lo que sí supe fue esto: que nadie me miró jamás como ella lo hizo mientras dormíamos en una habitación en Viena, con las cortinas abiertas y el mundo muriéndose allá afuera. Esa mirada —tranquila, triste, rendida— fue lo más parecido a un hogar que conocí.

A veces me pregunto si aún recuerda mi voz, o si la archivó como una más de los cientos que la rodean. Y me gustaría decirle que yo sí. Que recuerdo cómo caminaba, cómo se reía bajo después del vino, cómo mordía el labio inferior cuando estaba por llorar pero no quería que yo lo notara.

Si lo estás leyendo, es porque yo ya no estoy.

Pero te juro que hasta el último segundo estuve con ella.

Capítulo 1 La fotografía que no debía tomar

Londres olía a lluvia vieja y subterráneo. Era una de esas noches en las que el frío no se nota en la piel, sino en la respiración de los otros. Todo el mundo caminaba con apuro, con auriculares, con prisa por llegar a lugares que probablemente tampoco querían habitar. Yo solo estaba ahí por azar. Una beca absurda para una muestra menor, una cámara heredada de mi papá, y el cansancio de quien ya no espera demasiado de la vida.

No buscaba nada. Solo caminaba, como si mis pies fueran los que decidieran a dónde ir. Tomaba fotos sin pensarlas. Rostros borrosos. Faroles apagados. Paredes húmedas. Gente que no se saluda. Una ciudad demasiado grande para un corazón cansado.

La vi en la línea Bakerloo, estación Embankment. Sentada sola en uno de los bancos de madera, con un abrigo gris que no alcanzaba a cubrirla la tristeza. No estaba maquillada. No miraba el teléfono. Tenía los codos apoyados sobre las rodillas, las manos entrelazadas, y los ojos puestos en un punto que no existía. Como si esperara algo, o como si ya supiera que nada iba a llegar.

Apunté la cámara sin pensar. Fue un reflejo. El tipo de belleza que no se busca, que no se fabrica, que no tiene filtros ni guionistas. Había algo en su postura —no en su rostro, sino en su forma de estar— que me hizo apretar el obturador. Dos veces. Tal vez tres.

Entonces levantó la mirada.

Y me miró.

No como quien se molesta. Tampoco como quien se siente halagado. Me miró con la extrañeza de quien está harta de ser observada, pero intrigada de que alguien lo haga sin pedir permiso. Fue una mirada sin defensa, sin sonrisa. Solo directa, impasible, confiada.

—¿Tomaste una foto? —preguntó, sin enojo, sin dulzura.

—Sí —dije, bajando la cámara—. No lo pensé.

—¿Sos fotógrafo?

—No sé.

—¿Y por qué a mí?

Me encogí de hombros. Podría haber inventado una respuesta poética. Podría haber dicho que había algo en su energía, que su melancolía tenía luz propia, que el mundo parecía detenerse alrededor de ella. Pero no dije nada de eso.

—Porque no estabas actuando —respondí.

Ella se quedó callada unos segundos. Luego sonrió, apenas. Una mueca casi imperceptible. La sonrisa de quien está a punto de levantarse e irse, pero se queda un poco más. La sonrisa de los que ya no creen, pero por dentro, todavía esperan.

—Dame la cámara.

—No.

—¿No?

—No borro lo que fue real.

Entonces se levantó. Caminó hacia mí con una lentitud perfecta, como si cada paso estuviera coreografiado para romperme el corazón antes de tiempo. Cuando estuvo a un metro de distancia, se detuvo. Me miró de nuevo, más cerca, con los ojos más claros de lo que recordaba. Tenía la cara lavada. No era famosa. No era nadie. O quizás era todos.

—¿Cómo te llamás?

—No importa.

—Perfecto —dijo—. Entonces empecemos desde ahí.

Se sentó a mi lado. Como si no hubiese nada raro. Como si los trenes pudieran esperar. Como si la ciudad pudiera ponerse en pausa por un momento y mirar con nosotros.

—¿Y vos qué hacés en Londres? —me preguntó sin mirarme, como si no importara demasiado la respuesta.

—Saco fotos. No vivo acá. Me invitaron por un par de días.

—¿Y después?

—Vuelvo a Buenos Aires. Supongo.

—¿Y eso te da miedo o alivio?

Esa pregunta me sorprendió. No por lo que decía, sino por el modo en que la dijo. Como si hubiera estado repitiéndola mil veces para sí misma.

—Alivio —dije primero. Pero después, sin saber por qué, lo corregí—. No. Miedo. Porque sé que nada me espera allá, pero igual me da miedo que acá tampoco.

Ella asintió. No condescendiente. Sino como quien reconoce una sombra que también la sigue.

—Vivimos con la esperanza de que algo cambie. Pero en realidad solo nos vamos cansando mejor.

Me quedé mirándola. En sus ojos no había cinismo. Solo una calma rota. Una belleza que no necesitaba mostrarse. Una pena suave, como una ropa vieja que se usa por costumbre.

—Te vi y pensé: él no tiene nada que ganar. Y por eso puede ver las cosas como son.

Me quedé en silencio. Entonces sí, ahí, justo después de eso, ella me dijo lo que ya sabés:

—Estoy por desaparecer durante siete días —dijo—. Lo decidí hace poco. Nadie lo sabe. Nadie me va a buscar. Estoy harta de actuar, harta de sonreír por contrato. Necesito que la vida me toque, al menos una vez, sin maquillaje ni premiere.

—¿Y por qué me lo contás a mí?

—Porque me sacaste una foto sin pedirme permiso. Así que ahora te lo devuelvo con algo más íntimo.

La miré sin decir nada. Me dolía algo y no sé que era. Me dolía intuyo porque algo interno comprendía —sin comprender del todo— que acababa de entrar en un lugar del que no iba a poder salir ileso.

—¿Querés venir conmigo? —preguntó, y lo dijo en un tono tan liviano, tan casual, que parecía invitarme a tomar un café y no a destruir mi vida.

—¿A dónde?

—A ningún lugar. O a todos. Siete días. Sin nombres. Sin redes. Sin historia. Sin futuro. Solo el presente. Solo esto. ¿Te animás?

Me reí. No porque fuera gracioso, sino porque no había nada más que pudiera hacer.

—¿Y si te enamoras de mí?

—No lo haré —dijo—. Y si vos lo hacés, será problema tuyo.

—¿Y si no volvemos?

Me miró. Esa vez más hondo. Más triste. Más hermosa.

—Entonces que este sea el último minuto en que fuimos nadie para nadie.

El tren llegó. La gente subió. Nosotros nos quedamos.

Y sin saberlo, ahí empezó todo.

Capítulo 2 Ella tenía nombre, pero no vida

Tomamos el tren de las 21:37 hacia Paddington. No hablamos durante los primeros minutos. El vagón estaba semivacío. Algunos dormían de pie, otros leían noticias en pantallas azules, y una pareja discutía en un idioma que no supe identificar. Ella miraba por la ventanilla como si el vidrio diera a otro tiempo. Yo solo la miraba a ella. No con deseo, ni con ansiedad. Con esa calma que solo da el asombro.

—¿Querés saber mi nombre? —preguntó sin girarse.

—No —dije.

Y fue cierto. No quería atarla a una etiqueta que no pudiera sostener lo que estaba sintiendo. No quería conocerla por lo que decía su pasaporte. Quería que el misterio durara lo suficiente como para que doliera perderlo.

—¿Y vos?

—Tampoco importa.

Ella sonrió. No se ofendió. No se sorprendió.

—Sos raro —dijo.

—No. Estoy cansado.

—Es lo mismo.

Bajamos del tren sin rumbo. Caminamos por calles angostas, limpias y adoquinadas, flanqueadas por cafés cerrados y faroles que hablaban con una electricidad intermitente. El viento arrastraba hojas que ya no pertenecían a ningún árbol. Londres parecía desierta, como si el mundo nos hubiera regalado una pausa.

Entramos a un hotel barato, sin estrellas ni pretensiones. Ella pagó la habitación sin mirar el precio. El recepcionista la reconoció pero no dijo nada. Solo le devolvió el cambio y un silencio profesional. Cuando subimos al cuarto, el ascensor olía a hierro mojado y a perfume caro que ya se había ido.

La habitación tenía una lámpara floja, una cama prolija y una ventana sin vista. Ella se sacó el abrigo, dejó el bolso sobre la silla y se sentó a desatarse los zapatos como si fuera su casa. Yo me senté frente a ella, sin saber qué hacer con las manos, ni con los ojos, ni conmigo mismo.

—¿Qué pensás? —preguntó.

—Que esto parece un sueño raro del que no quiero despertarme.

—¿Y si lo es?

—Entonces espero no volver nunca.

—Tené cuidado con lo que deseás. A veces, se cumple.

Se quedó en silencio. Luego agregó, con voz más baja:

—La última vez que deseé algo, me convertí en alguien que ya no puedo sostener.

Me quedé callado. No sabía si era una confesión o un ensayo de intimidad. La observé de nuevo. Tenía las manos finas, los dedos largos, como los de una pianista, aunque me había dicho que no tocaba nada. Las uñas estaban limpias. No pintadas. No actuadas. Era la primera vez, quizás en años, que la veía alguien y no un personaje.

—¿Siempre estás así? —le pregunté.

—¿Así cómo?

—Como si tuvieras un guion que estás tratando de olvidar.

—No. A veces me sale peor.

Se acostó sobre la cama, boca arriba, sin quitarse la ropa. Miró el techo con los brazos cruzados sobre el pecho, como si fuera una estatua que se niega a caer. Me acosté a su lado, con un espacio prudente entre nosotros. No intenté tocarla. No era el momento. Estábamos demasiado desnudos como para agregar piel.

—¿Por qué me trajiste con vos?

Ella no contestó de inmediato. Se giró apenas. Me miró de costado.

—Porque tenés la mirada de alguien que no espera nada.

—¿Y eso es bueno?

—Es raro. Todos esperan algo. Atención. Sexo. Compañía. Algo.

—¿Y vos qué esperás?

Ella cerró los ojos. Tardó unos segundos en responder.

—Dormir sin tener que mentir al despertar.

Y en ese instante, entendí que no estaba huyendo de los flashes, ni del contrato, ni de la fama. Estaba huyendo de sí misma. Del personaje que el mundo había comprado y que ella ya no podía devolver.

—¿Sabés qué haré cuando se terminen los siete días? —dijo.

—¿Qué?

—Volveré a fingir que soy alguien. Sonreiré en alfombras rojas. Me sacarán fotos sin que pueda negarme. Daré entrevistas donde diré lo feliz que estoy. Firmaré papeles. Cenaré con idiotas. Y una parte de mí irá muriendo despacio.

—¿Y por qué no lo dejás?

Ella abrió los ojos.

—Porque hay jaulas que aprendimos a llamar libertad.

—¿Y yo qué soy entonces?

—Una pausa.

—¿Eso es bueno?

Ella no respondió. Cerró los ojos otra vez.

Afuera, la ciudad seguía su curso en sordina. Un taxi pasó lento. Una alarma se disparó a lo lejos. El mundo continuaba. Pero en esa habitación sin historia, dos desconocidos descansaban como si fueran sobrevivientes de un naufragio.

Y sin darme cuenta, me dormí.

Y por primera vez en mucho tiempo, no soñé con nada.

Solo con ella.

Me desperté unas horas después, aún con la ropa puesta, con el cuello adolorido y las luces apagadas. Ella seguía a mi lado, de costado, abrazada a sí misma como si se protegiera de un sueño que no quería tener.

Me levanté en silencio, fui al baño, me mojé la cara. Cuando salí, ella seguía dormida. Pero cuando quise volver a la cama, habló:

—¿Estás ahí?

Su voz era distinta. Pequeña. Casi de niña.

—Sí —dije.

—¿Te puedo pedir algo?

—Claro.

—No me mires cuando duermo. No esta vez.

No pregunté por qué. Solo apagué la lámpara, me acosté de espaldas a ella, y me quedé quieto. En la oscuridad, sentí cómo su cuerpo se acercaba, apenas, hasta que nuestras espaldas se rozaron. Fue menos que un abrazo. Fue una declaración silenciosa.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué?

—Por no tocar lo que todavía no sé si puedo entregar.

Luego todo fue silencio. Pero no vacío. Un silencio lleno. Un silencio que pesa más que las palabras.

Antes de dormir, pensé en algo que no dije en voz alta:

Me estás salvando, aunque no sepas de qué.

Capítulo 3 La propuesta absurda

Desperté con la luz tenue de la mañana filtrándose por la rendija de la cortina. No supe qué hora era. Ni cuánto habíamos dormido. Solo sentí que mi cuerpo había descansado de una guerra que nunca terminó de declararse.

Ella seguía acostada a mi lado, boca abajo, con una de sus piernas cruzada sobre la sábana y el cabello revuelto cayendo sobre la almohada como una tormenta detenida. Respiraba con esa calma rota de los que apenas logran descansar sin miedo. No la toqué. No quise interrumpir esa pausa sagrada.

Me senté en la orilla de la cama y observé el cuarto. Era un lugar sin historia, sin identidad, como si el mundo nos hubiera ofrecido un paréntesis. Y en ese paréntesis, algo estaba por definirse.

Cuando ella se movió, lo hizo como si el tiempo volviera a correr. Abrió los ojos despacio y me miró sin sorpresa.

—¿Seguís acá?

—No tengo a dónde ir.

—Mentira —dijo, y se incorporó con el cuerpo aún pesado—. Todos tenemos dónde ir. Lo difícil es saber por qué quedarse.

Se quedó un momento en silencio, sentada al borde de la cama, con los pies descalzos tocando el suelo como si necesitara verificar que el mundo seguía siendo sólido. Se frotó los ojos. No se maquilló. No se cubrió. No actuó.

—Te hice una pregunta ayer —dijo.

—Hiciste muchas.

—Te pregunté si te animabas.

La miré. El cuarto seguía oliendo a lluvia de calle, a perfume que ella ya no llevaba, a electricidad dormida.

—¿Animarme a qué?

—A venir conmigo.

—¿A dónde?

—A no saber.

—¿Por qué?

Ella sonrió, pero sin alegría. Era una sonrisa resignada. Un reflejo aprendido.

—Porque necesito alguien que no me mire como si supiera quién soy.

—Y yo no lo sé.

—Por eso.

Se levantó, caminó hacia el baño, y habló desde adentro:

—Siete días. Ni uno más. Sin nombres. Sin historia. Sin expectativas.

—¿Y después?

—Después desaparecemos. Vos a tu vida, yo a la mía.

—¿Y si me arrepiento?

Salió del baño con una toalla en la mano y la piel aún marcada por el sueño. Me miró desde la puerta, con los ojos ya despiertos.

—Entonces escribí un libro.

No dijo si era una burla o una provocación. No dijo si hablaba en serio. Solo me lo arrojó como quien lanza una bengala en medio del océano, esperando que alguien la vea.

—¿Y cuándo empezamos?

Ella sin titubear dijo.

—Hoy. Ahora. Lo que no se hace hoy, ya no se hace.

Me reí. O algo parecido. Un sonido que hacía mucho no me salía de la garganta.

—No tengo ropa limpia.

—Compramos en el camino.

—No tengo plata.

—Yo sí.

—No tengo plan.

Ella me miró y se acercó. Se detuvo justo frente a mí. No tocó mi rostro. No se inclinó a besarme. Solo dijo:

—Sos el plan.

Y ahí supe que estaba perdido.

No por ella.

No por el viaje.

Sino porque ya no podía volver a mi vida anterior.

Porque había algo en su forma de decirlo —esa certeza melancólica, ese cansancio que seduce más que cualquier promesa— que me hizo entender que no se trataba de amor. Se trataba de rescate.

No hablamos más. Armamos dos mochilas mínimas. Ropa neutra. Una cámara. Un cuaderno. Un mapa sin marcar.

Antes de salir, me detuve en el marco de la habitación.

—¿Tenés miedo?

Ella no respondió. Solo se puso sus lentes oscuros y se ajustó el abrigo.

—No —dijo finalmente—. Pero si me mirás así, capaz lo empiezo a tener.

Y salimos. Como si fuéramos a comprar cigarrillos. Como si el exterior pudiera pausarse durante siete días. Como si el futuro no tuviera dientes.

En la calle, los autos ya rugían, la gente ya corría, y el cielo tenía ese gris que no promete nada. Ella estiró la mano, detuvo un taxi, y antes de subir, me miró por encima del hombro.

—¿Listo?

Yo no estaba listo. No lo estuve nunca. Pero subí.

Y ahí, por primera vez, lo sentí:

El peso dulce del vértigo.

Ya en el asiento trasero del taxi, mientras el chofer hablaba por radio en otro idioma y las luces de la ciudad se deshacían en las ventanillas empañadas, ella escribió algo con el dedo en el vidrio. Yo no lo vi bien. Solo un gesto, una palabra incompleta.

Pero al apoyarme más tarde contra esa misma ventana, sentí el calor de sus trazos todavía tibios.

Entendí entonces, sin leer nada, que ya no había forma de salir ileso.

Capítulo 4 Londres de noche, sin testigos

El taxi avanzaba por calles inocuas que brillaban como flores de primavera. Londres de noche tiene algo de promesa vencida, como una carta que llegó tarde o una canción que ya no emociona. El chofer continuaba hablando por radio en árabe, las luces pasaban como fantasmas, y el motor en suave andar, como si respetara el silencio que había entre nosotros.

Ella miraba por el vidrio como si tratara de reconocer una ciudad que alguna vez fue suya. Yo la observaba de reojo. No porque esperara una señal, sino porque ya había algo en mí que necesitaba memorizarla. Como quien ve una obra de arte que sabe que no volverá a encontrar.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dije.

—Depende.

—¿De qué?

—De si estoy lista para mentirte o no.

No supe si reír o quedarme callado. Opté por lo segundo. A veces el silencio dice más que una frase bien escrita.

—Preguntá —agregó después.

—¿Por qué Londres? ¿Por qué empezar el viaje desde acá?

Ella apoyó la frente contra el vidrio. Se formó una mancha de vaho que no limpió.

—Porque en esta ciudad nadie te ve. Solo te miran. Y eso, cuando ya estás rota, es una ventaja.

—¿Y qué ves vos ahora?

—Sombras. Pero más cálidas que en Los Ángeles.

Me quedé mirandola un momento.

—¿Estás huyendo?

Ella tranquila, pero sin desviar la mirada de la calle.

—No. Estoy estirando el tiempo. Como si alargar la noche me permitiera llegar viva al amanecer.

El taxi frenó en la puerta de un hotel cercano a St. Pancras. No era un cinco estrellas, pero tenía un vestíbulo calmó y un bar con luces cálidas. Pagó ella, otra vez, sin mirar la tarjeta ni el total. No se registró con su nombre real. Supuse que lo había hecho muchas veces.

Subimos al cuarto en ascensor. Una pareja japonesa bajaba riendo, abrazados. Ella los miró con un gesto casi tierno, casi lejano.

—¿Creés que son felices? —preguntó.

—Por esta noche, sí.

—Entonces ganaron.

La habitación tenía un ventanal enorme con vista al tren nocturno. Dos camas. Una mesa con hervidor. Paredes neutras. Ninguna historia.

Ella se quitó el abrigo, se sentó frente al ventanal y encendió un cigarrillo. No lo fumó por ansiedad. Lo sostuvo como quien sostiene un recuerdo.

—¿Querés una foto? —pregunté.

—No. Hoy no quiero quedar atrapada.

—¿Y mañana?

—Si me respetas un poco, no me lo preguntes mañana tampoco.

Apagué la cámara. Me senté en la cama y la observé fumar en calma. El humo subía lento, como un poema que se desvanece antes de terminar el primer verso.

—¿Qué harías si alguien te dijera que vas a morir en siete días? —le pregunté.

—Ya me lo dijeron —respondió.

Y no supe si hablaba en serio, en broma, o con un dolor tan viejo que ya se le había vuelto costumbre.

Después no hablamos más.

Cada uno eligió una cama. Nos acostamos sin cruzar miradas. Pero antes de apagar la luz, ella esbozo desde el otro lado:

—¿Sabés qué es lo más difícil?

—¿Qué?

—Dormir cerca de alguien que no te toca. Porque ahí sabés si realmente estás sola.

No contesté. Solo me quedé despierto unos minutos más, escuchando su respiración del otro lado del cuarto, intentando no moverme, no invadir, no salvar.

Y en ese no hacer, sin saberlo, ya la estaba amando.

A las tres y veintidós de la madrugada abrí los ojos, sin razón. No fue un ruido. No fue una pesadilla. Fue algo más sutil. Como si alguien —o algo— me hubiera llamado desde el otro lado de la noche.

Me incorporé apenas y la vi.

De pie, frente al ventanal.

No se movía. Llevaba puesta mi campera, demasiado grande para su cuerpo, y sus pies descalzos tocaban la alfombra como si temiera despertar algo oculto. El humo de su segundo cigarrillo se perdía en la penumbra. Los trenes, allá abajo, pasaban como animales antiguos, indiferentes, pesados, lejanos.

No encendí la luz. No dije su nombre —porque no lo sabía, ni lo necesitaba—. Solo la miré. Con la respiración contenida, como quien presencia algo sagrado sin entender por qué.

Ella no se dio vuelta. Pero sé que sabía que yo la estaba mirando.

En su postura había una rendición hermosa. La espalda apenas curvada, los hombros tensos, la cabeza inclinada con la dignidad de quien ha perdido muchas veces pero todavía resiste.

En ese instante supe que, si desaparecía al amanecer,

Yo me quedaría con esa imagen como quien guarda una reliquia rota:

La silueta de una mujer que ya no actuaba para nadie.

Que por una noche, fue real para sí misma.

Cerré los ojos con una lágrima que no llegó a caer.

Me dormí de nuevo.

Y si alguna vez soñé con el amor,

Fue exactamente así.

Capítulo 5 Promesas sin pasado ni futuro

Despertamos casi al mismo tiempo, pero fingimos no saberlo.

Ella se quedó en la cama, con la cabeza apoyada en el brazo, mirando el techo como si leyera algo que nadie más podía ver. Yo me senté al borde de la otra cama, con los pies en el suelo y el corazón suspendido en algún lugar entre la incredulidad y el deseo de creer.

La ciudad ya cursaba detrás del ventanal. Los trenes iban y venían con esa puntualidad mecánica que nada tiene que ver con la vida. A lo lejos, una ambulancia aulló como si supiera que en este cuarto, dos personas estaban a punto de pactar su última forma de libertad.

—Dormiste —dijo ella sin moverse.

—Vos también.

—Mentís peor que yo.

Me reí en silencio. Me pasé la mano por la cara. No sabía cómo empezar ese día.

Ella sí.

Se sentó, descalza, con la remera arrugada y el cabello enredado como una pregunta sin resolver. Se quedó un momento en pausa. Después habló, no como quien declara algo, sino como quien necesita ordenarse en voz alta.

—No quiero que hablemos del pasado. Ni del futuro.

—¿Por qué?

—Porque ya lo hice demasiadas veces. Y todo lo que se habla, se rompe.

—Entonces no hablemos.

—Tampoco sirve. Lo no dicho también duele.

Nos quedamos callados. Como si en esa frase hubiera algo que no sabíamos cómo atravesar. Entonces ella tomo aire y continuó:

—Hagamos esto bien. Durante siete días somos otros. O mejor dicho: somos los que verdaderamente somos cuando no nos mira nadie.

—¿Y después?

—Después, nada. No se busca. No se recuerda. No se escribe.

—Pero estás hablándole a un tipo que saca fotos.

—Entonces prométeme que no vas a fotografiar para recordar.

—¿Y para qué, entonces?

Ella me miró. Con esos ojos sin color definido, ojos que no prometían nada pero lo decían todo.

—Fotografiá para quedarte, no para traerme de vuelta.

No supe qué responder. Solo asentí. Como si la promesa fuera más grande que las palabras que la sostenían.

Nos duchamos por separado. En silencio. Como si estuviéramos purgando la vida que habíamos traído encima. Después bajamos a desayunar en el bar del hotel. Nadie nos miró. Y por primera vez, ella parecía agradecida por esa invisibilidad.

Se sirvió un café solo. Sin azúcar. Pan tostado. Nada más. No comía por hambre. Comía por rutina. Yo hice lo mismo. Sin hablar. Sin necesidad.

Cuando salimos a la calle, ella alzó el rostro al cielo gris y balbuceo:

—¿Te das cuenta de que no le debemos nada a nadie?

—¿Y eso es bueno?

—Eso es todo lo que tenemos.

Caminamos por la ciudad sin destino. Como si el mapa estuviera dentro de sus recuerdos. Como si no importara llegar, sino perderse. Londres ya no era Londres. Era solo un telón detrás de algo más íntimo.

Cruzamos una plaza vacía. En un banco, un viejo leía un diario doblado a la mitad. Más allá, una niña soltaba una paloma. No parecía suya. Simplemente la soltaba como quien se despide de algo que no entiende.

Ella se detuvo y me dijo, con voz firme:

—Mirá bien este día. Porque si alguna vez lo recordamos, tiene que doler. Si no duele, no fue real.

Asentí. No porque entendiera todo. Sino porque algo en mí ya lo sabía. Ya lo había vivido. Ya lo estaba perdiendo.

La tomé de la mano. Fue un gesto mínimo. Pero esa mano no era solo suya. Era todo lo que nunca me habían dado antes.

Y ahí, en esa plaza sin nombre, con las palomas alzando vuelo y el resto siguiendo su rutina indiferente, entendí que a veces las promesas más verdaderas son las que no se firman ni se sellan. Son las que se pronuncian con el cuerpo, con el cansancio, con la forma de caminar al lado de otro sin querer llegar a ninguna parte.

Ese día no hicimos el amor.

Ese día hicimos un pacto.

Y en ese pacto, sin darnos cuenta, empezó la tragedia.

Capítulo 6 Primer beso, primera herida

La noche nos encontró en un café escondido entre dos avenidas dormidas. Afuera, Londres seguía siendo gris, como si ya hubiera renunciado a brillar para nosotros. Dentro, una lámpara cálida colgaba sobre una mesa de madera astillada. El mozo hablaba poco. El mundo, aún menos.

Ella pidió vino. Yo, café. No combinaban, pero nada en nosotros lo hacía. Y sin embargo, esa combinación absurda tenía algo de tregua, como dos idiomas diferentes que aún así logran entenderse.

—¿Cuándo fue la última vez que te sentiste seguro? —preguntó.

Pensé la respuesta. No porque fuera difícil, sino porque era dolorosa.

—Nunca. O quizás, una vez. Cuando era chico y creía que el amor no dolía.

Ella asintió con una tristeza conocida.

—Yo me sentí segura una sola vez. Fue una tarde en la que nadie me miró durante horas.

—¿Y eso fue bueno?

—Fue libertad.

—¿Y qué pasó?

—Volvieron a mirarme.

No supe qué decir. Me pasé la mano por el pelo. Miré la taza vacía. Ella giraba la copa entre los dedos como si la copa supiera algo que nosotros no.

—¿Qué pensás? —pregunté.

—Que tengo miedo.

—¿De qué?

—De que esto sea lo único real que me pase en mucho tiempo. Y no sepa sostenerlo.

La miré. No como antes. La miré con la certeza de que, si hablaba, rompía algo.

Pero igual lo hice.

—Yo tampoco sé qué hacer con esto.

—Entonces besame.

No fue una orden. Tampoco una súplica. Fue una rendición.

Me acerqué. Lento. Como si el aire entre nosotros fuera frágil. Como si algo en el mundo pudiera quebrarse si lo tocaba mal. Y cuando nuestros labios se encontraron, no fue fuego. Fue silencio.

Un silencio largo, dulce, quebrado.

No había hambre en ese beso. Había vértigo. Había preguntas. Había una herida que por un instante creyó haber encontrado cura.

Cuando nos separamos, ella no dijo nada. Solo bajó la mirada.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No.

—¿Quieres que paremos?

Ella me miró. Los ojos rojos. No de lágrimas, sino de exceso de historia.

—Ya empezamos.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es irreversible.

Pagamos. Caminamos en silencio por calles sin nombre. Ella no soltó mi mano. Pero tampoco la apretó. Como si me llevara no para retenerme, sino para evitar perderse ella misma.

Subimos al cuarto sin hablar. Las luces apagadas. Las mochilas en el suelo. Todo igual. Todo distinto.

Nos acostamos vestidos, cada uno en su cama. Sin tocarnos. Pero ese beso seguía en la habitación. Como un perfume que no se va. Como una palabra que no termina de decirse.

Apagué la lámpara.

—¿Querés hablar? —le pregunté en la oscuridad.

—No.

—¿Querés que me calle?

—Sí.

—¿Querés que me quede?

Ella tardó en responder.

—Sí.

Y fue ahí, exacto ahí, que entendí:

No era el beso lo que nos había cambiado.

Era todo lo que ese beso arrastraba con él.

Era lo que se rompía mientras creíamos que estábamos empezando algo.

Porque hay besos que curan.

Y hay besos que abren la herida con una ternura que no tiene remedio.

Capítulo 7 Brujas: La ciudad de las ventanas cerradas

El tren a Brujas partió a las 8:15. Ella durmió casi todo el trayecto con la cabeza apoyada en mi hombro, y yo me quedé quieto como si cualquier movimiento pudiera romper algo que aún no terminábamos de formar. Afuera, el paisaje avanzaba como una cinta, casas de ladrillo, campos extenuantes, árboles sin etiquetas.

No hablábamos mucho. Lo necesario. El silencio no nos pesaba. Era un pacto no dicho. En estos días no íbamos a llenar los huecos con palabras, sino a habitarlos.

Llegamos a media mañana. La ciudad parecía un decorado: canales quietos, bicicletas detenidas, techos puntiagudos y turistas sacando fotos que nunca iban a mirar con verdadera emoción. Brujas era bella, sí. Pero también tenía algo triste. Como esos rostros perfectos que ya no saben sonreír.

—No quiero hotel de lujo —dijo ella mientras caminábamos por las calles empedradas.

—Nunca me gustaron.

—Quiero una habitación con ventana y cortinas blancas.

—¿Y si están cerradas?

—Mejor.

La conseguimos. Una casa antigua adaptada como hostel. Escalera de madera ruidosa. Recepcionista amable. Habitación pequeña con dos camas juntas y una sola lámpara colgando del techo. Las cortinas estaban cerradas. Blancas. Finas. Olían a viento viejo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Ella se tiró en la cama sin desvestirse.

—Nada. Caminamos después. Por ahora, mirá el techo conmigo.

Me acosté a su lado. Nos quedamos así, respirando parejo. La lámpara giraba levemente con la corriente. Afuera, las campanas sonaban como si el tiempo no fuera nuestro.

—¿Te das cuenta de que nadie sabe dónde estamos? —formulo.

—Y eso es bueno.

—Eso es lo único que me salva.

A la tarde salimos a caminar. Los turistas nos esquivaban. Las vidrieras ofrecían encajes y chocolates, pero nosotros solo mirábamos los reflejos. Brujas tenía muchas ventanas, pero casi todas estaban cerradas. Era una ciudad que no se dejaba ver desde dentro.

—¿Cómo sabés si alguien vive de verdad en un lugar? —le pregunté.

—Cuando una ventana está entreabierta.

—¿Y si están todas cerradas?

—Entonces están ocultando algo. O sobreviviendo.

Entramos a una librería diminuta. Ella tocó un libro y lo dejó. Yo hojeé una edición en francés de Los hermanos Karamázov, sin entender por qué. Salimos sin comprar nada. Era como si los objetos nos miraran y supieran que no íbamos a quedarnos.

Al anoecer, fuimos a cenar. Ella pidió sopa. Yo, nada. Comí su pan. Bebí su vino. No necesitábamos más.

—¿Te das cuenta de que esto se va a terminar? —dijo de golpe.

—Sí.

—¿Y por qué no lo evitamos?

—Porque sería peor nunca haber empezado.

Ella me miró largo. Como si estuviera evaluando mi capacidad de no huir cuando duela.

—Prometeme algo.

—Lo que quieras.

—Que cuando esto termine, no vas a escribirme.

—¿Y si necesito?

—Te vas a acordar de este instante. De mí, diciéndote que no quiero ser un personaje más.

Cedí. No porque pudiera prometerlo, sino porque en su voz había algo más importante que el futuro: su deseo de que el presente no se rompa.

Volvimos al hostel. Afuera, las luces de las casas parecían apagadas a propósito. Como si Brujas no quisiera que nadie supiera lo que ocurre adentro.

Ya en la cama, ella se giró hacia mí. No hablamos. No nos besamos. Solo compartimos el aliento tibio de dos cuerpos que aún no saben cómo tocarse sin lastimarse.

—¿Estás despierto? —susurro.

—Sí.

—Brujas me asusta.

—¿Por qué?

—Porque se parece a mí.

—¿En qué?

—Bella por fuera. Cerrada por dentro.

Me acerqué y apoyé mi frente contra la suya.

No fue un gesto romántico. Fue una declaración de guerra contra la distancia.

Y ahí se me reveló que el amor no empieza con un beso.

Empieza cuando alguien te deja ver su miedo.

Capítulo 8 París: Amarse sin idioma

Llegamos a París con las ganas puestas en pausa. No era euforia lo que traíamos encima. Era una mezcla más densa: algo entre cansancio, vértigo y esa forma extraña de lucidez que a veces dan las ciudades que uno soñó cuando todavía creía en algo.

El tren se detuvo en Gare du Nord a las 11:07. Ella bajó sin hablar, con su bolso colgado como una cicatriz sobre el hombro. Yo la seguí. No por hábito. Por decisión. No tenía sentido separarnos ahora. El mundo afuera era demasiado grande para que cada uno lo enfrente solo.

Tomamos un taxi. El chofer hablaba en francés acelerado. Ella no le respondió. Ni siquiera lo miró. Tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla nuevamente, como si buscara entre las calles algo que no esperaba encontrar.

El departamento estaba en el tercer piso de un edificio angosto, de esos con escaleras que protestan al subir. Nos recibió un pasillo largo, una cocina diminuta y una cama doble junto a un ventanal sin cortinas.

—Hermoso —dijo ella.

—Frío —dije yo.

—Mejor. Así no nos dormimos.

Apoyó su bolso en el suelo y se sentó en la cama. Miraba hacia la calle, aunque no había mucho que ver.

—¿Sabés por qué nunca viví en París? —me preguntó.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo que me guste.

—¿Y eso es malo?

—Eso es peligroso.

Esa tarde caminamos sin rumbo. Cruzamos puentes, esquivamos gente, entramos a un museo donde nadie nos habló. Compramos pan y vino sin decirnos qué íbamos a hacer con eso. Ella no sacaba fotos. Yo tampoco. Era como si ambos supiéramos que este momento no necesitaba pruebas. Solo presencia.

Cuando anocheció, subimos sin hablar. Abrimos el vino. Cenamos sin platos, sin mantel, sin ceremonia. Cada gesto tenía algo de despedida anticipada.

Luego ella se acostó vestida sobre la cama. Yo me senté junto a la ventana.

—¿No vas a acostarte? —preguntó.

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque no sé si mañana voy a tenerte así, frágil a mi lado.

Ella no respondió. Solo estiró una mano.

No para atraerme.

Sino para que yo no me fuera.

Me acerqué. Me acosté a su lado. No la toqué. Ella tampoco. Solo nos miramos de cerca, a pocos centímetros, como dos personas que entienden que un gesto más podría cambiarlo todo.

—No me beses —dictamino.

—No iba a hacerlo.

—Entonces quedate.

Y me quedé.

Esa noche, en París, el amor fue contención, no impulso. Fue una complicidad compartida, una espera dulce que no dolía. Dormimos espalda con espalda, pero conectados como si un hilo invisible nos mantuviera a salvo del resto del dolor del mundo.

No hicimos el amor.

Pero fue lo más cerca que estuve de amar sin tocar.

Y cuando el sueño la venció y yo aún la escuchaba descansar, entendí una verdad que no pude ignorar:

Hay veces en que el amor es eso que uno no hace.

Porque contener el deseo es más fuerte que rendirse.

Porque hay pieles que no se tocan,

Pero quedan grabadas más a fuego que cualquier beso.

Y porque cuando dos almas se abrazan sin manos,

Ya nada en el mundo puede separarlas del todo.

Capítulo 9 Florencia: El arte de perder el miedo

Llegamos a Florencia con los pies adoloridos y las palabras gastadas. El viaje en tren fue breve, pero suficiente para que el cansancio se acumulara en los ojos. No dormimos. No hablamos mucho. Pero tampoco nos soltamos. La incomodidad entre nosotros no era distancia: era espera.

La ciudad nos recibió con cielo despejado, ese sol de invierno que no calienta pero al menos no castiga. Las calles eran laberínticas, vivas, llenas de voces que se cruzaban en

idiomas que no entendíamos. Todo tenía aroma a aceite de oliva, a piedra vieja, a historia sin resolver.

Ella eligió el hotel. Una casa restaurada cerca del Arno, con habitaciones altas y una cama inmensa con sábanas de lino. Había un cuadro de mujer dormida colgado sobre el respaldo. La pintura estaba agrietada, como si el tiempo también la hubiera amado demasiado fuerte.

—¿Te gusta? —me preguntó, dejando su bolso sobre una silla.

—Es perfecta.

—Mentís bien.

—No. Es perfecta porque todavía no nos lastimó.

Ella sonrió. Esa sonrisa que solo se le escapaba cuando bajaba la guardia.

Y por un momento, no fue actriz, ni huésped, ni fugitiva.

Fue una mujer mirando algo que deseaba creer.

Salimos a caminar por el centro. La ciudad tenía esa extraña calma de los lugares que saben que no necesitan apurarse. Atravesamos el Ponte Vecchio, entramos a una iglesia donde nadie rezaba, y compramos una mandarina de un puesto callejero. La comimos entre los dos, sin decir nada. Fue el gesto más íntimo de todo el día.

—¿Alguna vez te enamoraste? —le pregunté, sin pensarlo.

Ella se detuvo. No por la pregunta. Por lo que sabía que vendría después.

—Sí —dijo—. Pero no me sirvió.

—¿Y ahora?

—Ahora intento no volver a hacerlo.

—¿Por miedo?

Ella se quedó pensando. Luego miró al cielo.

—No. Por respeto.

No entendí del todo. No quise forzarla. Caminamos en sintonía hasta el atardecer. La ciudad se iba volviendo dorada. Y por un instante, también nosotros.

Ya en la habitación, después de ducharnos sin prisa, ella me miró desde la cama. Estaba descalza, con una camisa blanca que no era suya y el pelo aún húmedo cayéndole sobre los hombros.

—Hoy no quiero dormir lejos —dijo.

—¿Te abrazo?

—Sí. Pero sin buscar nada.

—No estoy buscando. Estoy quedándome.

Nos acostamos. Su cabeza en mi pecho. Mis brazos rodeándola como quien guarda algo que no es suyo pero igual lo cuida. Respiraba lento. Yo también.

No hubo besos. No hubo sexo. Solo un deseo compartido.

Ella respetaba.

Yo también.

Como si fuésemos niños frente a un adulto.

Pero ninguno quería calentarse.

Queríamos confiar.

Y fue ahí, en ese abrazo sin excusas, que supe que el miedo ya no era el enemigo.

El miedo era el lugar exacto desde donde empezaba el amor.

En mi foro interno pensé:

Amar no es tocar.

Amar es permitir que el otro tiemble sin tener que fingir que no.

En un mundo que nos obliga a desearlo todo,

Lo más valiente es abrazar sin querer poseer.

Porque hay instantes donde la confianza no se dice,

Se respira.

Y Florencia fue eso:

No la ciudad del arte,

Sino el lugar donde, por una noche,

Ninguno de los dos quiso huir de sí mismo.

Capítulo 10 Praga

Llegamos a Praga cuando ya caía la tarde. La ciudad parecía salida de una pintura apagada, con sus tejados oscuros, los tranvías que chirriaban como viejos testigos, y ese río que divide todo como una cicatriz azulada.

Era hermosa, sí, pero también solemne. Como si cada edificación recordara lo que nosotros aún no queríamos aceptar: que todo lo que empieza, se termina.

Caminamos en silencio hasta el hotel. Un edificio antiguo con gárgolas en las esquinas y una escalera de caracol que parecía no tener fin. Ella no se quejaba. Jamás se quejaba. Pero respiraba más pausado. Y yo empezaba a notar eso.

La habitación tenía una ventana angosta con vista a un patio interior. Nada importante. Nada feo. Solo eso: un interludio entre afuera y adentro.

—¿Qué querés hacer hoy? —le pregunté.

—Caminar. Y después tocar.

—¿Tocar?

—Un piano. Si encontramos alguno.

—¿Vos tocás?

—No. Pero lo soñé anoche. En Florencia. Un piano abandonado. Lo tocaba, y no sonaba. Y sin embargo, alguien me escuchaba.

Bajamos sin rumbo. Praga era una ciudad de pasajes, de puertas cerradas, de bares con luz tenue y libros apilados como si aún creyeran que la gente lee por necesidad.

Entramos a una especie de café librería. Había tres mesas. Cuatro gatos. Un piano viejo al fondo. Sin barniz. Las teclas amarillentas. La tapa abierta como si esperara a alguien.

Ella lo miró desde la entrada. Como si el sueño hubiese dejado algo ahí para ella.

Se acercó despacio. No preguntó. Nadie la detuvo.

Se sentó. Cerró los ojos. Y apoyó las manos.

No tocó nada durante un minuto entero. Solo dejó que el silencio se acostumbrara a su presencia.

Y luego, sin partitura, sin ensayo, sin aviso, empezó a tocar Clair de Lune.

Las primeras notas fueron tenues, casi rotas, como si las teclas dudaran en dejarse tocar. Pero a medida que avanzaba, algo comenzó a expandirse en el aire: una tristeza hermosa, una pena elegante que lo envolvía todo.

La melodía parecía surgir no del piano, sino de su cuerpo, de sus costillas, de algún lugar anterior a las palabras.

Y Praga... Praga se detuvo.

Yo la miraba desde una mesa. Nadie hablaba. Un hombre viejo dejó su taza en el aire.
Una mujer joven empezó a llorar.

Y ella, sin abrir los ojos, siguió tocando como si Debussy le hubiera prestado un idioma para decir aquello que no podía formular con la boca.

No supe cuánto duró. Podrían haber sido tres minutos o toda una vida.

Cuando terminó, no hubo aplausos. Solo un silencio largo, respetuoso, como el que uno hace en los funerales de alguien que no conoció, pero igual duele.

Ella se levantó. Volvió hacia mí. Y se sentó en silencio.

Yo no pregunté nada. Ella no explicó.

Solo dijo:

—No soy pianista. Pero ese piano necesitaba que alguien lo tocara.

Y después de eso, se quebró.

No en llanto histérico. No en palabras. En algo más frágil: una respiración temblorosa.
Una mirada que no podía sostenerse. Un “perdón” apenas audible que no iba dirigido a mí, ni a ella, ni al mundo.

Era un perdón lanzado al aire. Como si pidiera disculpas por haber sentido tanto.

La abracé. No como un amante. Como un refugio.

Y en ese instante entendí algo que no me abandonaría nunca más.

Hay almas que solo suenan cuando se las toca con cuidado.

Como los pianos viejos.

Como las personas que sobrevivieron a demasiadas canciones rotas.

Porque no todos los amores se gritan.

Algunos se susurran entre notas torpes,

En cafés vacíos,

Con los ojos cerrados y el corazón abierto.

Y en Praga, esa noche, aprendí que amar también es eso:

Saber cuándo callar,

Cuándo escuchar,

Y cuándo dejar que el otro sea,

Sin pedir que suene para siempre.

Capítulo 11 Viena: La foto que no debió ver

Viena nos recibió con un aire seco y un cielo perfectamente azul, como si todo en la ciudad estuviera diseñado para no desbordarse. No había caos, ni sobresaltos. Solo simetría. Solo belleza pulida.

Ella parecía distinta. Más quieta. Más contenida. Como si esta ciudad la obligara a ajustarse, a no manchar el mármol que la rodeaba.

El hotel era sobrio, de fachada clara, columnas rectas y un vestíbulo donde cada sonido rebotaba con educación. Subimos. La habitación era perfecta. Esa perfección que a veces ahoga.

—¿Todo bien? —le pregunté mientras ella abría la ventana.

—Sí. Pero Viena me hace sentir como si no tuviera permiso para respirar muy fuerte.

Salimos a caminar. Museos. Jardines perfectos. Cafés con vitrales. Todo era hermoso. Y, sin embargo, no nos hablábamos como antes. El silencio no era incómodo. Era denso.

Volvimos temprano. Ella se duchó. Yo me senté a revisar la cámara.

Tenía cientos de fotos. Algunas tuyas. Muchas de calles, objetos, reflejos. Pero en una carpeta sin nombre, había algo más. Una serie que ni yo recordaba haber ordenado. Imágenes tomadas a lo largo del viaje: su rostro dormido, su silueta contra una ventana, sus dedos en el piano en Praga.

Y una. Una sola. La que no debí guardar.

Era de la primera noche en Londres. Ella, de espaldas, envuelta en mi campera, mirando la ciudad desde la ventana del hotel. Su cuerpo era sombra, pero su gesto era fragilidad pura. La había capturado sin permiso. Sin malicia. Pero sin derecho.

Ella salió del baño con el cabello mojado y una toalla en la mano. Me vio mirando la pantalla. Se acercó.

Y la vio.

Se quedó quieta.

—¿Cuándo fue esto?

—Londres. Esa primera noche.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

No respondí.

—¿Guardás todo lo que no mostrás?

—No todo. Solo lo que no quiero perder.

—¿Y yo qué soy?

No supe qué decir. No había defensa posible. No era una traición. Pero era una herida.

Ella se sentó en la cama, en silencio. Apoyó la cabeza en sus manos.

No lloró. No gritó. Solo dijo:

—No quiero ser parte de un recuerdo sin haber decidido estarlo.

Y eso, fue más duro que cualquier reproche.

Apagué la cámara. Me senté a su lado.

—No fue para immortalizarte —dije—. Fue porque no podía creer que estabas ahí.

—Y ahora que ya no estoy ahí ¿vas a seguir mirándola?

—No.

—Entonces borrarla.

No lo dudé. Lo hice. Del archivo, de la papelería, de todo. Y aún así, sabía que no se iría nunca. Porque lo verdaderamente eterno no necesita quedarse guardado.

Nos acostamos sin hablarnos.

Esa noche, Viena fue más fría que su invierno.

Pero al menos estábamos en la misma cama.

En la oscuridad, ella evocó:

—No soy tuya.

—Lo sé.

—Ni siquiera ahora.

—Justamente por eso te amo.

No respondió. Pero acercó su cuerpo al mío.

No para perdonarme.

Para recordarme que todavía estaba ahí.

A veces el amor se rompe no por lo que se hace,

Sino por lo que se guarda.

Pienso mientras escribo esto.

Porque el deseo de capturar lo bello suele nacer del miedo a perderlo.

Pero hay almas que no pueden ser archivadas.

Son instantes.

Fugaces.

Y cuando uno intenta retenerlas,

Lo que pierde no es la imagen...

Sino la confianza de haber sido elegido para mirar sin apretar el obturador.

Capítulo 12 Berlín: El futuro empieza a llamar por teléfono

Berlín nos pareció, desde el primer paso, una ciudad demasiado real.

No tenía la tristeza elegante de Praga, ni el peso histórico de Florencia, ni la belleza asfixiante de París. Era otra cosa: una ciudad viva, directa, sin camuflaje.

Y tal vez por eso, era el lugar perfecto para que la ficción de nuestro amor empezara a resquebrajarse.

El tren llegó puntual, pero nosotros bajamos tarde. Dormidos. Abrazados por inercia. No nos mirábamos igual. No porque el deseo se hubiera ido, sino porque la conciencia había llegado.

Ella no hablaba mucho desde Viena. Pero tampoco se alejaba. Era como si supiera que estábamos cayendo y no quería que se notara. Yo no decía nada, porque decirlo sería admitirlo.

Tomamos un departamento prestado. Un amigo mío —que nunca apareció— nos dejó las llaves debajo de una maceta. Entramos. Todo blanco. Todo frío. Todo impersonal. Como un refugio diseñado para durar poco.

—¿Cuántos días quedan? —preguntó ella mientras colgaba su abrigo.

—Dos.

—Pensé que eran más.

—No. Solo que los vivimos como si duraran el doble.

Ella asintió. No sonrió.

Salimos a caminar por la ciudad. Cruzamos calles que se perdían, vimos los muros rotos, las placas con nombres grabados en el piso. Ella se detenía frente a las baldosas como si pudiera escuchar los pasos de quienes ya no estaban.

—¿Te gustaría quedarte en Berlín? —le pregunté.

—No.

—¿Por qué?

—Porque Berlín no pide permiso para avanzar.

—¿Y eso es malo?

—Eso me recuerda que no tengo escapatoria.

Esa noche, de regreso en el departamento, mientras calentaba agua para el té. Puse música instrumental. Algo suave. Algo que no pudiera nombrarnos.

Cuando salió, su celular —que había estado apagado desde Londres— vibró.

Ella lo miró. No lo tocó.

Sonó otra vez.

Y otra.

Hasta que lo apagó de nuevo.

—¿Todo bien? —pregunté.

—No es nada.

—¿Y entonces por qué los nervios?

Ella no respondió. Se sentó en el sofá. Miró el techo.

—Tengo un contrato que me espera. Una campaña de perfume. Tres entrevistas. Una portada.

—¿Y?

—Y vos.

—¿Y yo qué?

—Vos sos algo que no estaba en el plan.

No dije nada. Me senté a su lado.

—¿Querés hablar con ellos? —pregunté.

—Quiero quedarme.

—¿Y lo vas a hacer?

—No.

El silencio nos tragó por un instante.

—¿Entonces por qué estamos haciendo esto? —pregunté, más para mí que para ella.

Ella me miró. No con ternura. Con tristeza.

—Porque aunque no pueda quedarme, quiero recordar qué se siente querer hacerlo.

Nos abrazamos esa noche. No para dormir. Para sostenernos. Como quien junta los escombros de un altar que supo ser sagrado.

Y en medio de ese abrazo, sonó de nuevo el celular.

Pero esta vez, ninguno de los dos lo ignoró.

El amor no fracasa por falta de pasión,

Sino por la aparición inevitable del futuro.

Porque todo lo que se vive fuera del tiempo real

Debe, tarde o temprano, rendir cuentas.

Y a veces, lo que rompe no es el dolor,

Sino el reloj que vuelve a andar

Mientras los amantes aún duermen

Creyendo que tienen derecho a seguir soñando.

Berlín nos enseñó que amar no basta

Cuando la vida empieza a llamar por teléfono

Y nadie puede dejarlo sonando para siempre.

Capítulo 13 Roma: Él le dice que la ama

Roma nos recibió con cielo despejado, un calor dulce que acariciaba y ese rumor de antigüedad que parece envolverlo todo como si la ciudad no hablara: murmuraba.

Ella bajó del tren. Caminaba como si conociera el camino. Como si el cuerpo supiera lo que el alma aún no quería decir.

Yo también lo sabía.

Estábamos cerca del final.

El hotel estaba en Trastevere. Una casa antigua con patio interno, jazmines en los balcones, y una cama matrimonial que parecía más una ofrenda que un mueble.

—¿Te gusta? —me preguntó sin mirarme.

—Sí.

—No te creo.

—No importa.

—Tenés razón.

Salimos a caminar. Roma nos rodeaba con esa belleza que no necesita ser vista. Estaba en los muros descascarados, en las fuentes que aún esbozaban agua, en los gatos que dormían en ruinas con la dignidad de emperadores.

Todo parecía saber algo que nosotros aún no podíamos nombrar.

Esa noche, cenamos en tranquilidad. Ella comió poco. Yo, menos. Compartimos un vino suave, lento. Una pareja a nuestro lado se besaba con desesperación. Ella los miró y dijo:

—Me acuerdo cuando creía que eso era amor.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que el amor es más peligroso cuando es tranquilo.

Volvimos caminando al hotel. Roma se iluminaba con faroles antiguos. La ciudad estaba vacía, como si nos la hubieran prestado solo por unas horas.

En la habitación, ella se quitó los zapatos y se sentó al borde de la cama. Se quedó ahí, en silencio, desabrochándose lentamente la blusa, como si no lo hiciera para seducir, sino para soltar un peso.

Yo la miré. Pero no con deseo. Con algo peor. Algo más irreparable: ternura.

—Te amo —dije.

No fue una confesión. Fue una caída.

Ella giró el rostro. Me miró. No se sorprendió.

—Ya lo sabía.

—Pero tenía que decirlo.

—¿Por qué?

—Porque estoy perdiéndote.

Ella se acercó. Se sentó frente a mí. Me tomó el rostro con las dos manos, como si fuera un objeto frágil.

—No me pierdas hoy.

—¿Y mañana?

—Mañana... ya no vamos a ser nosotros.

Nos desnudamos.

No hubo pasión. No hubo urgencia.

Solo cuerpos que ya se conocían sin haberse tocado.

Solo un intento torpe de guardar en la piel algo que no iba a durar.

La intimidad fue real. Pero no mágica.

Fue limpia. Honesta.

Y por eso mismo, empezó a doler apenas terminó.

Nos acostamos sin hablar.

Ella cerró los ojos.

Yo me quedé despierto.

Sabía que acabábamos de cruzar un umbral.

Y que, aunque lo llamábamos amor,

Ya no había regreso.

Pensé:

Hay amores que viven de su promesa.

Cuando se cumplen, pierden el brillo que los hacía sagrados.

Porque no todo lo que se consuma florece.

Hay verdades que, al tocarse, se deshacen.

Lo que era deseo limpio se vuelve cuerpo.

Lo que era misterio se vuelve hábito.

Y en Roma —la ciudad que sobrevive a sus ruinas—,

Entendí que algunos amores se sienten eternos

Solo mientras son imposibles.

Capítulo 14 Florencia (regreso): Una carta que no entrega

No nos fuimos de inmediato.

Quedaban tres días sueltos, sin planes.

Ella propuso volver a Florencia.

Yo no pregunté por qué.

A veces, lo que se repite no es nostalgia.

Es un intento de no cerrar los ojos todavía.

Volvimos a Florencia como se vuelve a un sueño que uno ya no puede habitar.

La ciudad seguía intacta.

Las mismas piedras, las mismas luces que se filtran por las persianas antiguas.

Pero nosotros no.

Ya no éramos los mismos que habían compartido una cama sin tocarse, una noche sin exigencias.

Ahora estábamos llenos de palabras no dichas,

De piel que ya conocía la forma del otro,

Y de ese silencio que solo nace cuando uno de los dos ya sabe que se va.

El hotel era distinto. Más frío. Más moderno.

La habitación tenía dos camas, como si el destino quisiera corregir el error del capítulo anterior.

Ella no protestó.

Solo dejó su bolso y dijo:

—Quiero dormir. No salgas.

Asentí. Mentí.

Salí.

Caminé por calles mojadas de lluvia vieja. Me senté en un banco frente al Arno.

Saqué el cuaderno donde escribía frases sueltas, ideas, reflejos.

Y empecé a escribirle.

No para convencerla.

No para detenerla.

Solo para que quedara algo mío que no fuera una foto.

“Te escribiría que te amo, pero eso ya lo sabés.

Te escribiría que te quedes, pero no sería justo.

Entonces te escribo esto:

Gracias.

Por dejarme tocar algo tan hermoso que no se puede guardar.

Gracias por ser la pausa.

El paréntesis.

La tregua.

Si algún día dudás de si esto fue real,

Buscá en tus recuerdos la ciudad con la cama separada

Y mi cuerpo al borde de decirlo todo sin arruinar nada.

Aquí estaba yo.

Todavía estoy.”

Volví al hotel con la carta en el bolsillo.

Ella dormía.

O fingía.

Me acosté sin despertarla.

Y supe que no se la daría.

Porque entregársela era pedir algo.

Y yo no quería que sintiera que me debía nada.

La carta quedó en mi cuaderno.

Entre páginas sin importancia.

Como esos secretos que uno no entierra...

Sólo deja que se marchiten a la sombra.

Quejándome internamente intuí:

Hay palabras que no se dicen,

No por cobardía,

Sino por respeto.

Porque a veces, lo más honesto que se puede hacer con un sentimiento

Es no convertirlo en exigencia.

No toda carta debe ser leída.

Algunas existen solo para demostrar

Que el amor también sabe cuándo apagarse.

Capítulo 15 Praga (regreso): Un adiós disfrazado de siesta

La ciudad seguía igual.

El mismo gris elegante. Las mismas puertas que parecían no abrirse nunca.

Pero el piano no estaba.

Volver a Praga fue idea de ella.

—Un último día en un lugar sin ruido —dijo.

Y yo acepté, sin preguntar por qué.

Tomamos un tren silencioso. Ella durmió casi todo el viaje. Yo leía sin leer.

Cada vez que levantaba la vista y la veía dormida, pensaba:

Que este instante no se rompa todavía.

Nos alojamos en un hotel sencillo. Una habitación sin historia, con una cama amplia y una ventana opaca.

Ella dejó su bolso, se quitó los zapatos y se acostó.

—No quiero salir hoy —dijo—. Quiero dormir con vos.

Nos acostamos con la ropa puesta. El cuerpo pegado, pero sin tensión.

Solo calor compartido. Como quien intenta no soltar lo poco que queda.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No —dijo sin pensar—. Pero estoy en paz.

—¿Eso es suficiente?

—Es todo lo que puedo darte.

Se acurrucó en mí. Tardó segundos en dormirse.

Yo no.

Yo la miré como se mira un cuadro antes de que se lo lleven para siempre.

Luego cerré los ojos.

Y dormí.

No sé cuánto tiempo pasó.

Pero al despertar... ya no estaba.

La cama seguía tibia.

El bolso no estaba.

Ni su abrigo.

Ni sus zapatos.

Sobre la mesa, una hoja doblada.

La abrí con las manos heladas.

“Gracias por no pedirme nada.”

Nada más.

No había adiós.

No había explicación.

Solo esa frase.

Y un silencio que parecía eterno.

Me senté.

No lloré.

No grité.

No la llamé.

Sabía que no volvería.

Sabía que era su forma de proteger lo que habíamos sido.

Y entendí que a veces los actos más tiernos

Son los que más duelen.

No todas las personas se van para herirte.

Algunas se van para no romperte más.

Porque quedarse también puede ser egoísta.

Porque decir adiós a veces es menos cruel que quedarse a medias.

El amor verdadero no siempre lucha.

A veces se rinde con dignidad,

Y deja una cama tibia,

Una frase mínima,

Y un silencio que no se olvida nunca.

Capítulo 16 Viena: El contrato que ella firma en secreto

Viena era exactamente como la habíamos dejado.

Ordenada. Silenciosa. Serena.

Pero ahora estaba solo.

Y eso lo cambiaba todo.

Me alojé en el mismo hotel.

La misma habitación.

La lámpara seguía colgando igual.

Pero el aire tenía otro peso.

Ya no había ropa en la silla, ni cabello en la almohada, ni perfume sobre la frazada.

Solo yo.

Solo el eco.

Caminé por las mismas calles.

Café Central. El parque. El mercado.

Nadie me reconocía.

Y yo tampoco me reconocía sin ella a mi lado.

Almorcé solo.

Un mozo me trajo un vaso de agua sin que lo pidiera.

Lo agradecí como quien agradece que el mundo aún se acuerde que uno existe.

Esperé.

Esperé sin esperarla.

Pero el cuerpo sí.

El cuerpo aún la esperaba en cada banco, en cada vitrina, en cada sombra que se movía con cabello largo.

No sabía que ella también estaba en Viena.

A unas pocas cuadras.

En otro hotel.

En otro mundo.

Ella estaba sentada frente a un escritorio blanco.

Vestía un blazer gris claro.

Su maquillaje era tenue. Preciso.

Ya no era ella.

O mejor dicho: era la versión de ella que el mundo había aprendido a admirar.

Frente a ella, su agente y dos ejecutivos de una marca que no conocía.

—Estamos felices de tenerte de vuelta —dijo uno.

Ella sonrió. Una sonrisa corta. Profesional.

—Yo también.

Le mostraron el contrato.

Tres páginas.

Fechas, cifras, cláusulas.

Todo limpio.

Todo irrefutable.

Ella lo leyó despacio.

Bebió un sorbo de agua.

Y firmó.

Sin pausa.

Sin temblor.

Sin emoción.

Después de eso, la felicitaron. Le estrecharon la mano.

Uno hizo una broma. Ella rió en el tono exacto.

La reunión terminó en menos de veinte minutos.

Subió a su habitación.

Se quitó el blazer.

Se sentó frente al espejo.

No lloró.

No habló.

Solo se quedó ahí, mirando su reflejo,

Como si buscara algo que ya no aparecía.

En su bolso, aún estaba la entrada de un café en Praga.

Y un papel doblado con su letra:

“Gracias por no pedirme nada.”

Lo guardó sin mirarlo.

Se lavó la cara.

Y pidió una copa de vino blanco al servicio de habitación.

Yo dormí mal esa noche.

Tuve un sueño confuso.

Ella aparecía, me tocaba la cara, y decía:

—No me busques más. Ya no sé cómo volver.

Desperté sobresaltado.

Miré el teléfono.

Nada.

Y supe que esa era su forma de despedirse:

Firmando, en otro cuarto, el pacto con su otra vida.

Hay despedidas que no se dan con palabras,

Sino con decisiones que se toman lejos.

Porque a veces, el mundo real no grita:

Firma.

Y cuando el contrato está cerrado,

Cuando la máscara vuelve a calzar,

El amor ya no tiene derecho a reclamar.

Viena fue eso:

La ciudad donde ella volvió a ser lo que todos esperaban...

Y yo dejé de ser lo único que no la exigía.

Capítulo 17 Aeropuerto de Roma

El aeropuerto tenía el mismo color que una sala de espera de hospital.

Blanco, amplio, indiferente.

Nadie parecía tener apuro, pero todos estaban yéndose.

Llegué con tres horas de anticipación.

No tenía certezas.

No sabía si su vuelo salía de esa terminal.

Ni siquiera si estaba en la ciudad.

Pero algo en mí me empujó ahí.

Un resto de fe, o de estupidez.

Me senté junto a una columna. Pedí un café que no tomé.

Miré la pantalla de vuelos sin saber qué buscar.

Y entonces la vi.

Caminaba firme, sin titubeos.

Arrastraba una valija pequeña, llevaba un abrigo negro y el rostro cubierto por unos lentes oscuros.

El pelo recogido. Los pasos secos.

Ya no era ella.

O quizá sí: era la versión de ella que usaba cuando no dejaba que nadie la alcanzara.

Me levanté.

No avancé.

No llamé su nombre.

Ella me vio.

Lo supe.

No porque hiciera un gesto.

Sino porque su cuerpo se tensó levemente.

Porque su cabeza giró apenas hacia mí y luego siguió hacia el frente.

Porque sus manos ajustaron el asa de la valija sin necesidad.

Porque ese segundo de pausa en el andar fue demasiado exacto para ser casual.

Me miró. A través de los lentes.

Como si por un momento dudara.

Y después siguió caminando.

No cambió el paso.

No dudó.

No volvió a mirar.

No hubo rencor en ese gesto.

No hubo frialdad.

Solo hubo... desición

Yo no la llamé.

No la corrí.

No grité nada.

Me quedé de pie, quieto, sosteniendo un café tibio,

Viendo cómo la mujer a la que más amé

Decidía no saludarme.

Y entendí que ese gesto, esa forma de no hacer nada,

Era la despedida más sincera que podía darme.

A veces, quien te amó de verdad no se despide con palabras.

Se despide con un paso que no se detiene.

Porque mirarte otra vez sería volver a ese lugar del que luchó por salir.

Y cuando alguien elige no verte, sabiendo que estás ahí,

No te está castigando.

Se está protegiendo.

Y vos, si lo amaste de verdad, no lo detenés.

Solo lo mirás alejarse.

Y dejás que el dolor entre sin hacer ruido.

Capítulo 18 El regreso

Volví un miércoles a la madrugada.

Ni siquiera recuerdo si llovía.

El aeropuerto estaba casi vacío.

Caminé por migraciones, recogí la valija sin apuro.

Todo era lento, ajeno, automático.

Como si el cuerpo supiera qué hacer, pero yo no estuviera adentro.

No me esperaba nadie.

Tampoco lo había anunciado.

Ni mensajes. Ni preguntas.

La ciudad me recibió con la misma indiferencia con la que siempre espera a los que nunca se fueron.

Tomé un taxi.

La radio hablaba de política. El conductor mascaba chicle.

Yo miraba las luces apagadas del Acceso Norte,

Pensando que, si me desvanecía en ese momento,

Nadie notaría la diferencia.

Mi departamento estaba igual.

Las plantas secas. El polvo en los estantes.

El mismo cuaderno sobre la mesa, con las hojas en blanco.

La cama sin hacer. El espejo sucio.

Me duché.

Comí algo sin sabor.

Me acosté con la ropa puesta.

Dormí veinte horas.

Los días siguientes pasaron sin novedad.

Salí poco.

Cuando lo hice, me encontré con algunos amigos.

Todos me preguntaban por el viaje.

“¿Y, cómo estuvo Europa?”

“Mostrame fotos, dale.”

“¿Conociste a alguien?”

Respondía poco.

Mentía mucho.

Les dije que sí, que había sido hermoso.

Que estuve en Roma, en Praga, en París.

No les dije que había dejado algo en cada ciudad.

Ni que ella había sido todo.

Nunca dije su nombre.

Y eso me pesaba más que cualquier palabra.

Volví a mi trabajo.

Fotografié objetos, modelos, paisajes sin alma.

Las imágenes eran perfectas.

Y sin embargo, no me decían nada.

El lente ya no miraba.

Solo reproducía.

Empecé a escribir en la madrugada.

Sin estructura.

Sin intención de publicar.

Solo palabras sueltas.

Frases mínimas.

Fallas.

A veces, me despertaba con la sensación de que ella estaba en la otra habitación.

O de que había dejado su taza sobre la mesa.

Revisaba el celular.

Nada.

Nunca más supe de ella.

Y entendí que su silencio

Era lo único que aún estaba vivo entre nosotros.

No siempre se vuelve a casa.

A veces, uno simplemente cae en el lugar donde empezó todo

Con la esperanza de que algo haya cambiado.

Pero nada cambia.

La ciudad sigue.

La gente pregunta.

Y uno responde con la exactitud de quien aprendió a no contar lo que importa.

Porque lo que importa...

Ya no está para ser contado.

Capítulo 19 La galería vacía

Un mes después del regreso, alquilé un espacio para exponer las fotos.

No porque creyera que alguien vendría.

Ni porque pensara que tenía algo valioso para mostrar.

Lo hice porque no sabía qué hacer con todo eso que me había quedado adentro.

Las imágenes no eran prueba del viaje.

Eran la única forma que me quedaba de no olvidarla.

Busqué entre los archivos, seleccioné veintisiete fotos.

Una por cada momento que valía la pena sostener en papel.

No eran retratos.

No eran selfies.

No había nadie más en ellas.

Solo calles vacías.

Un banco bajo la lluvia en Praga.

La sombra de un ventanal en Viena.

Un cigarrillo humeando en una taza de café en París.

La lámpara encendida de Florencia.

El reflejo de una estación de tren en Roma.

Imprimí cada una en blanco y negro.

Tamaño mediano.

Sin marco.

La pared del fondo la dejé vacía.

No porque me faltara una foto.

Sino porque esa foto existió y la borré.

La única en la que ella estaba.

La única que no debía haber tomado.

Y que nunca me perdoné haber eliminado.

Sobre esa pared, con marcador negro, escribí una sola frase:

“Ella no quiso estar en esta galería. Y yo la respeté.”

Nadie vino a la muestra.

Abrí las puertas una sola vez.

Un lunes.

Dejé una luz encendida.

Una silla vacía en el medio.

Una libreta sobre la mesa por si alguien quería escribir algo.

Nadie escribió nada.

Nadie entró.

Y eso, de alguna manera, me aliviaba.

No hice publicaciones.

No lo anuncié.

Era mi forma de quedarme con lo poco que aún no se había ido.

Cerré la galería después de tres días.

Me llevé las fotos.

Guardé la libreta.

Volví a casa sin mirar atrás.

La pared vacía seguía ahí.

Blanca. Intacta.

Como una herida que no sangra pero no deja de arder.

“El recuerdo más profundo no necesita imagen.

Porque lo que de verdad nos marca
No cabe en un encuadre,
Ni se revela en papel.
Hay ausencias que no deben fotografiarse,
Porque su fuerza está justamente
En no poder sostenerse con las manos.
Y a veces, amar es eso:
Dejar una pared vacía,
Y no llenarla nunca más.”

Capítulo 20 La carta y el quizás

Parte I La carta

Te escribo sin saber si vas a leer esto algún día.
Sin saber si todavía tenés mi nombre guardado en algún rincón de tu memoria.
Pero necesitaba dejar algo escrito.
No para que lo respondas.
Sino para no llevarme esta voz conmigo.
No te preocupes.
No estoy mal.
O no peor que antes.

Simplemente, ya entendí que hay amores que no mueren.

Solo se transforman en silencio.

Desde que volví no volví a ser yo.

Pero tampoco te culpo.

Me disolví porque algo en mí ya había cumplido su ciclo.

Fui pleno durante esos días.

Verdaderamente pleno.

Y ahora, todo lo demás es posdata.

Tu silencio no me dolió tanto como tu mirada aquella mañana.

Cuando me viste en el aeropuerto...

Y elegiste seguir caminando.

No fue rechazo.

Lo sé.

Fue otra cosa.

Fue tu manera de cuidar lo que no podía seguir siendo.

Y yo... yo no sé cómo agradecerte eso.

Porque si me hubieras dicho adiós, tal vez te habría odiado.

Pero no me dijiste nada.

Y eso me obligó a recordarte sin rencor.

Pasaron los meses.

Después los años.

Y acá estoy.

Todavía pensando que te escucho en ciertas películas.

Todavía buscando tu gesto en otras mujeres que no te conocen.

No intenté rehacer mi vida.

No porque no pudiera.

Sino porque no quise.

Amarte fue como tocar un piano con las manos vendadas.

Sentí cada nota, aunque no siempre sonaba.

Y eso me bastó.

No tengo una casa estable.

No tengo redes.

No tengo nada que puedas buscar.

Pero si alguna vez sentís que alguien te piensa desde algún rincón del mundo,

Soy yo.

Pensándote.

Sin esperar nada.

Esta carta no es para que vuelvas.

Ni siquiera para que respondas.

Es para que sepas que todo lo que hicimos, todo lo que no dijimos, todo lo que no nos dimos... sigue vivo.

Y va a seguir.

En las paredes vacías.

En las fotos sin rostros.

En los trenes que no tomamos.

En los amaneceres donde no volvimos a despertarnos juntos.

Gracias por haber existido en mi historia.

Gracias por no haberte quedado.

Si lo hubieras hecho, quizás habría dejado de amarte.

Con todo lo que fui,
Con todo lo que ya no soy,
Con todo lo que aún queda temblando en mi pecho,
Te escribo esta carta.
Para que si alguna vez la lees,
No sientas culpa.
Solo el eco de alguien que no quiso retenerte.
Y aún así, nunca te dejó ir.

Parte II La galería en Nueva York

Fue una tarde cualquiera.
Ella caminaba por el SoHo con una taza de café en la mano y una llamada pendiente.
Llevaba anteojos oscuros y un saco.
Venía de una entrevista. O de una reunión. O de una filmación.
Ya no distinguía.
Pasó frente a una pequeña galería, casi escondida entre dos locales de ropa.
No había gente.
Solo un cartel pintado a mano:
“428”.
Ese número le dijo algo.
Pero no supo qué.

Entró.

Por costumbre. Por reflejo. Por azar.

El lugar era mínimo. Silencioso.

Había una sola sala.

Una sola pared.

Una vitrina de vidrio.

Y dentro de ella... una carta.

Manuscrita.

Sin firma.

Sin marco.

Solo una hoja doblada con cuidado.

Y una línea, escrita al pie de la vitrina:

“Para quien nunca volvió a mirarme.”

Se acercó.

No necesitó leer más que las primeras tres frases para saber que era de él.

Su letra.

Su ritmo.

Su forma de callar con palabras.

La leyó entera de pie.

No parpadeó.

No tembló.

Pero al llegar al final, no se movió durante minutos.

Después se sentó en el único banco de la sala.

No había más obras.

No había curador.

No había título.

Solo esa carta, ese rastro, ese silencio.

Se quedó ahí hasta que oscureció.

Miró una vez más la vitrina.

No sacó fotos.

No llamó a nadie.

No preguntó si la carta era suya.

No dijo su nombre.

Y se fue.

Afuera, todo seguía.

Ella caminó por la calle sin saber hacia dónde.

Y por primera vez desde el aeropuerto,

Sintió que él todavía estaba en alguna parte.

No para volver.

No para amar.

Sino para recordarle que lo que vivieron no podía repetirse.

Jamás.

“Hay amores que no se terminan.

Solo se disuelven en gestos que nadie presencia.

Porque hay despedidas que se escriben tarde,

Y lleguen o no lleguen a destino,

Siguen flotando en el aire como una carta sin sobre.

Esperando ser leída por quien ya se fue.”

